

esto es lo que quieres hacer creer, y no que confiesen lo que es evidente. Ellos pretenden, por el contrario, que sólo se armaron con el propósito de defenderse. ¿Hicieron bien ó mal? Ellos darán razones de su conducta. Mis hechos y sus precauciones nada tienen común; no procures confundirlos, ó di más bien: ¿debíamos atacarte abiertamente en tu casa ó sorprenderte? En el primer caso, ¿por qué no íbamos armados todos? ¿Por qué no llevaban armas más que los que habían apaleado á tu espía? En el segundo, ¿cuál era el plan de la conspiración? ¿Acaso que después de la comida, cuando hubiese abandonado yo el festín, que quedasen cuatro amigos míos en tu casa para sorprenderte dormido? ¿Cómo burlarían la vigilancia de los tuyos aquellos extraños, aquellos amigos míos, que tan sospechosos debían ser, especialmente después de la riña que acababan de trabar? ¿Cuatro espadas bastaban para atacar y forzar tu casa?

»¿Por qué no prescindes de esa fábula nocturna é insistes en el verdadero motivo de tu queja, en la envidia que te devora? Di francamente, Demetrio, ¿por qué hablan algunas veces de elevarte al trono? ¿Por qué háy personas que te consideran más digno que yo de suceder á nuestro padre? ¿Por qué haces dudosa una esperanza que sin ti sería cierta? Esto es lo que piensa Perseo aunque no lo dice; por esto me odia y me acusa: esto es, padre mío, lo que llena tu palacio y tu reino de sospechas y calumnias. Por mi parte, que no espero el trono ahora, y que tal vez no deberé aspirar nunca á él, puesto que soy el menor y quieres que ceda al mayor, tampoco he debido jamás ni debo ahora exponerme á tu enojo y hacerme indigno del favor de todos los macedonios. Y lo sería por mi culpa si tuviese la arrogancia de no someterme á derechos evidentes. Me acusas por mi amistad con los romanos y consideras como de-

lito aquello con que debía honrarme. No pedí yo que se me entregase en rehenes á los romanos, ni que se me enviase á Roma como legado. Me mandaste partir, y obedecí; y en estas dos circunstancias me conduje de modo que no avergonzase á mi padre, ni fuese desdoro de su corona y de la nación macedonia. Tú fuiste, para mí, el autor de mi amistad con los romanos. Mientras permanezcas en paz con ellos, cultivaré su amistad; si se enciende la guerra, verás á este hijo, que en rehenes y como legado prestó algunos servicios á su padre, convertirse en implacable enemigo de los romanos. No pretendo hoy apoyarme en su favor; solamente pido que no lo aprovechen contra mí; no nació esta amistad en medio de la guerra, ni tampoco quiero servirme de ella en la guerra. He sido prenda de paz y mi legación tuvo por objeto conservarla: que no se consideran como delito ni como mérito estas dos misiones. Dispuesto estoy á soportar todos los suplicios si he faltado á los deberes de la piedad filial, si he preparado asechanzas criminales contra mi hermano. Si soy inocente, no me dejes sucumbir bajo el peso de la envidia, cuando no han podido encontrar crímenes para perderme. No es hoy la primera vez que mi hermano me acusa, pero sí es la primera que lo hace abiertamente sin que yo lo merezca. Si mi padre estuviese enojado conmigo, ¿no te correspondería á ti, Perseo, interceder en tu calidad de primogénito por tu hermano menor, achacarlo á la ligereza de la edad é implorar su perdón? Pero al contrario, quien debía ser mi apoyo quiere mi pérdida. Al dejar el regocijo y el festín, vienen á arrancarme del sueño, para que responda á una acusación de fratricidio. No se me concede abogado, y yo mismo tengo que defender mi causa. Si hubiese tenido que hablar por otro, habríanme dado tiempo para meditar y preparar mi discurso; cuando solamente comprometería mi reputa-

ción de elocuente. Llamado sin saber para qué, encuentro un padre irritado que me manda que me defienda y un hermano que me acusa. Este hermano pronuncia contra mí una oración preparada y meditada desde mucho antes, y yo solamente por la acusación misma he podido conocer el asunto de que se trataba. ¿Debería yo en este momento escuchar al acusador ó preparar mi justificación? Aturdido por este golpe inesperado, apenas he comprendido de qué crimen se me acusa y me nos puedo saber cómo justificarme. ¿Qué esperanza podría alentar de no tener por juez á mi padre? Y si mi hermano mayor goza de todo su cariño, al menos mi posición de acusado me da algunos derechos á su compasión. Sí, padre mío, por ti, tanto como por mí, te ruego que me salves la vida; mi hermano pide mi muerte por su seguridad. ¿Cómo crees que me tratará cuando le hayas dejado el trono, puesto que ya pretende que derrames mi sangre para complacerle?»

Al decir estas palabras, las lágrimas y sollozos apagaron su voz. Filipo, después de mandar salir á sus dos hijos y conferenciado brevemente con sus amigos, declaró que no tomaría resolución, ni por palabras, ni por discusión tan rápida, sino después de detenido examen de la conducta y carácter de los dos príncipes; que estudiaría, pues, sus palabras y acciones en las cosas pequeñas como en las grandes. Evidente fué para todos que Demetrio había destruído fácilmente la acusación de la trama de la noche anterior, pero que le querían mal por su influencia con los romanos. De esta manera, viviendo todavía Filipo, se sembraron las primeras semillas de la guerra de Macedonia, que debía estallar bajo el reinado de Perseo. Los dos cónsules partieron para la Liguria, que era entonces la única provincia consular. Con motivo de los triunfos que consiguieron, decretaron un día de acciones de gracias. Cerca de dos

mil ligurios avanzaron hasta la frontera de la provincia de Galia, donde acampaba Marcelo en aquel momento; para rogarle que recibiese su sumisión. El general romano les mandó que permaneciesen en el puesto que ocupaban y escribió al Senado. Contestáronle por medio del pretor M. Ogulnio que hubiese sido más conveniente preguntar á los cónsules, encargados del mando de la provincia, lo que consideraba útil á los intereses del estado; pero que en todo caso, si Marcelo recibía la sumisión de los ligurios, no opinaban que los desarmase y que le invitaban á que los enviase al cónsul. Por el mismo tiempo llegaron P. Manlio y Q. Fulvio Flaco, uno á la España ulterior, que ya había gobernado en su primera pretura, y el otro á la citerior, donde le entregó Terencio su ejército. La ulterior estaba sin mando desde la muerte de P. Sempronio. Fulvio Flaco marchó á poner sitio á una ciudad llamada Urbicua: atacáronle los celtíberos bajo las murallas de aquella plaza, y sostuvieron muchos combates, en los que quedaron muertos ó heridos considerable número de soldados romanos; pero la constancia de Fulvio triunfó de aquellos obstáculos; nada pudo obligarle á levantar el sitio, y los celtíberos, extenuados por tantos ataques, se retiraron; debiendo su alejamiento la suerte de la ciudad, que subsistió á los pocos días, quedando entregada al pillaje. El pretor abandonó el botín á los soldados. Todas las operaciones de Fulvio se limitaron á esta conquista. P. Manlio no hizo más que reunir en cuerpos de ejército las tropas que había encontrado diseminadas; y después de esto, los dos llevaron los ejércitos á invernar. Tales fueron los acontecimientos de este año en España. Terencio, que había dejado esta provincia, obtuvo á su regreso la ovación, haciendo llevar delante de él nueve mil trescientas veinte libras de plata, ochenta de oro, y dos coronas de este metal, que pesaban sesenta y siete libras.

Aquel mismo año decidieron los romanos sobre el terreno una cuestión surgida entre los cartagineses y Massinissa; tratábase de una provincia que Gala, el padre de aquel príncipe, había arrebatado á Cartago. Sifax expulsó á Gala y dió la provincia á los cartagineses en consideración á su yerno Asdrúbal. Massinissa acababa de recobrarla á su vez de los cartagineses. Debatíose el asunto delante de los enviados romanos, con tanta animosidad como el rey Númida y sus adversarios habían mostrado en el campo de batalla para disputarse aquella posesión. Fundaban sus pretensiones los cartagineses en que la provincia perteneció primeramente á sus antepasados, y que después se la restituyó Sifax. Massinissa sostenía que no había hecho más que recobrar una antigua dependencia de su corona, que la poseía en virtud del derecho de gentes, y que en su favor tenía el título de posesión. «Todo lo que temía en aquella discusión, añadía, era que los romanos sacrificasen sus intereses por delicadeza y por temor de que pudiesen censurarle de parcialidad por un rey aliado suyo y amigo contra sus enemigos comunes.» Los legados le dejaron en posesión de la provincia, sin decidir nada en cuanto al fondo de la cuestión, cuya resolución reservaron al Senado. En la Liguria no pasó nada importante. Los enemigos se retiraron primeramente á desfiladeros inaccesibles; en seguida disolvieron su ejército y se dispersaron en los pueblos y castillos. Los cónsules quisieron licenciar también sus ejércitos y consultaron acerca de ello al Senado, que mandó á uno de ellos licenciar sus tropas y regresar á Roma para la elección de magistrados para el año siguiente, y al otro que invernase con sus legiones en la ciudad de Pisa. Corría el rumor de que los galos transalpinos armaban á sus jóvenes; pero se ignoraba sobre qué punto de Italia caería aquella multitud. Los cónsules se pu-

sieron de acuerdo, y Cn. Bebio marchó á presidir los comicios, porque su hermano M. Bebio se presentaba candidato.

Comenzóse por los comicios consulares, siendo nombrados P. Cornelio Cethego y M. Bebio Tamfilo. En seguida se eligió pretores á los dos Q. Fabio, Máximo y Buteo, Ti. Claudio Nerón, Q. Petelio Spurino, M. Pinarío Posca y L. Duronio. En cuanto tomaron posesión de sus cargos estos magistrados, sortearon sus provincias, tocando la Liguria á los cónsules, y de los pretores Q. Petelio obtuvo la jurisdicción urbana, Q. Fabio Máximo la de los extranjeros, Q. Fabio Cuteo la Galia, T. Claudio Nerón la Sicilia, M. Pinarío la Cerdeña, y L. Duronio la Apulia. A esta última provincia se añadió la Istria, porque los habitantes de Tarento y de Brindis se habrían quejado de las depredaciones que realizaban en sus costas los piratas transmarinos. Los masilienses se quejaban también de las correrías marítimas de los ligurios. En seguida se procedió á la distribución de los ejércitos, asignándose á los cónsules cuatro legiones, compuesta cada una de cinco mil doscientos infantes y trescientos jinetes romanos y quince mil infantes con ochocientos caballos tomados de los aliados del nombre latino. Prorrogóse el mando de sus provincias y ejércitos á los antiguos pretores de España, enviándoles como refuerzo tres mil infantes y doscientos jinetes romanos y seis mil hombres de infantería latina con trescientos caballos. Ocupáronse también de la marina, recibiendo los cónsules orden de nombrar, con este objeto, duunviros encargados de poner en el mar veinte naves cuyas tripulaciones formarían con ciudadanos romanos que se encontrasen en servidumbre; solamente los jefes debían ser de condición libre. Repartieron la costa entre los duunviros, de manera que les sirviese de centro común el promontorio

de Minerva, llevando cada uno a sus órdenes diez naves, y habiendo de defender uno la derecha hasta Masilia, y el otro la izquierda hasta Bari.

Muchos prodigios funestos ocurrieron aquel año, tanto en Roma como en las provincias. Llovió sangre en las plazas de Vulcano y de la Concórdia. Aseguraron los pontífices que se habían movido por sí solas las lanzas, y que en Lanuvio había llorado la estatua de Juno Sospita. Una enfermedad contagiosa hacía tales estragos en el campo, en los pueblos, en los caseríos y hasta en la misma ciudad, que apenas podían bastar á los enterramientos. Alarmados los senadores con aquellos prodigios y calamidades, decidieron que los cónsules inmolasen víctimas mayores á aquellos dioses que quisiesen honrar y que los decenviros consultasen los libros sibilinos. Por informe de éstos, se decretó un día de rogativas en todos los altares. Además, por su informe también, mandó el Senado que proclamasen los cónsules que se celebrarían en toda Italia tres días de rogativas y de ferias. Tan grande había sido la mortandad, que no pudieron los cónsules alistar los ocho mil hombres de infantería latina y los trescientos caballos destinados á combatir á los corsos sublevados y á los ilienos (1) que habían tomado las armas en Cerdeña: tan considerable era el número de muertos y de enfermos. Para completar sus fuerzas, recibió orden el pretor de tomar gente del ejército del procónsul Cn. Bebio, que internaba en Pisa y que pasase en seguida á Cerdeña. L. Dumnio, que tenía la provincia de la Apulia, recibió el encargo de la información acerca de las baecales; desórdenes que no habían desaparecido por completo y cuyos gérmenes se habían visto brotar de

(1) Según una tradición, debían ser éstos troyanos venidos con Eneas á Occidente y separados de él por una tempestad.

nuevo en el año anterior, habiendo comenzado el pretor L. Pupio una información que no pudo concluir. Su sucesor recibió orden de extirpar el mal hasta en sus raíces, para cortar sus progresos. Por acuerdo del Senado, también los cónsules propusieron al pueblo la ley contra el soborno.

En seguida presentaron al Senado algunas legaciones, empezando por las de Eumeno, de Ariarato rey de Capadocia, y de Farnaces rey del Ponto; limitándose á contestarles que enviarían comisarios para enterarse de sus diferencias y decidir de ellas. Después recibieron á los enviados de los desterrados de Lacedemonia y los de la liga aquea; haciendo esperar á los desterrados que el Senado escribiría á los aqueos en favor suyo. Anunciaron los aqueos que habían recobrado á Messena y que habían restablecido el orden allí, y aprobaron su conducta. Filipo, rey de Macedonia, había enviado también dos legados, Filocles y Apeles, con objeto, no de presentar petición alguna en el Senado, sino para que examinasen y se asegurasen de si Demetrio, como le acusaba Perseo, había celebrado realmente conferencias con los romanos, y en particular con T. Quinceio, para arrebatarse la corona á su hermano. Filipo les había elegido porque les creía imparciales; pero en realidad eran agentes de Perseo y cómplices de sus pérdidas designios contra Demetrio. El príncipe lo ignoraba todo, exceptuando los criminales intentos de su hermano, revelados abiertamente poco tiempo antes, por lo que no desesperaba al principio de ablandar á su padre, aunque sin confiar completamente en ello. Pero viéndole después asediado sin descanso por su hermano, perdió poco á poco la esperanza. Por esta razón obraba y hablaba con cuidado extraordinario, procuraba no aumentar las sospechas y atendía á no pronunciar palabra acerca de los romanos, ni á tener relaciones con ellos;

llegando hasta á suspender toda correspondencia escrita, porque sabía que era el arma más poderosa que esgrimían sus enemigos para exasperar el ánimo de su padre.

Queriendo Filipo que sus soldados no estuviesen ociosos y alejar al mismo tiempo toda sospecha de sus preparativos hostiles contra los romanos, reunió su ejército en Stobos, en la Peonia, y marchó contra la Medica. Tenía empeño en subir á la cumbre del monte Hemo, porque era creencia general que desde aquella altura podía abarcarse de una mirada el Ponto Euxino, el Adriático, el Danubio y los Alpes; y pensaba que aquella vista podría servirle para organizar su plan de campaña. Consultó acerca de la subida á las gentes que conocían el terreno, y todos estuvieron conformes en que el camino era impracticable para su ejército y muy difícil hasta para corto número de hombres con poco equipaje. Teniendo ya estos datos, dirigióse á su hijo Demetrio, á quien no quería llevar consigo, y procurando halagarle con muestras de íntima confianza, preguntóle primeramente si ante tan grandes dificultades debía insistir en su empresa ó abandonarla. «En el caso de perseverar, añadió, no podía echar en olvido lo que en parecidas circunstancias dijo Antígono. Combatido por una tempestad, teniendo á toda su familia reunida en la nave, dícese que recomendó á sus hijos que cuidasen atentamente de sí mismos y que encargasen á sus descendientes que no comprometiesen jamás á la vez en una situación peligrosa la salvación de toda su familia. En conformidad con este encargo, no debía exponer al mismo tiempo á sus dos hijos á los riesgos de una empresa tan peligrosa; y como llevaba al mayor, enviaría al más joven á Macedonia para reservarse un recurso y custodiarse el reino.» No se engañó Demetrio y comprendió que se temía su presencia en el momento en que se

eligiese sobre el terreno el camino más corto para llegar al Adriático y á Italia y se decidiese el plan de la futura guerra. Pero al mismo tiempo comprendió la necesidad de obedecer, y hasta de aplaudir la determinación de su padre, por temor de que se sospechase que cedía á disgusto. Para proteger su regreso á Macedonia, mandaron que le acompañase Didas, pretor del rey y gobernador de la Peonia, con escasa escolta. Didas era partidario de Perseo, como lo eran la mayor parte de los cortesanos de Filipo, habiendo entrado todos en la conspiración contra Demetrio, en cuanto vieron que la predilección del rey no dejaba duda alguna acerca de quién sería su sucesor. Didas llevaba orden de intimar todo lo posible con Demetrio con objeto de sorprender todos sus secretos y hasta penetrar en sus pensamientos más ocultos. De esta manera se alejó Demetrio, más en peligro con aquellos pérfidos guardianes que si hubiese caminado solo.

Habiendo atravesado Filipo primeramente la Medica y después los desiertos que separan aquella comarca del monte Hemo, llegó al fin, después de siete días de marcha, al pie de la montaña. Detúvose allí un día entero para elegir los que quería llevar consigo, y á la mañana siguiente volvió á ponerse en camino. Al principio subieron sin grandes dificultades las primeras colinas, pero á medida que avanzaban, el terreno tenía más vegetación y frecuentemente era más impracticable. Después llegaron á tal espesura, que apenas podían ver el cielo entre el apretado follaje de los árboles y sus entrelazadas ramas. Al acercarse á la cumbre presenciaron un fenómeno muy raro en cualquier otro paraje; envolvía á la montaña niebla tan densa, que caminaban con temor como en medio de la obscuridad de la noche; al fin al tercer día llegaron á la cumbre. No desmintieron los viajeros al regresar la opinión acepta-

da, pero creo que quisieron librarse, por amor propio, del ridículo de vana empresa; porque es poco probable viesen desde el mismo punto mares, montañas y ríos que tanto distan entre sí. Todos padecieron por el cansancio del camino, el rey más que los otros, porque su edad era más avanzada. Después de erigir dos altares, uno á Júpiter y otro al Sol, y de haber inmolado víctimas, Filipo bajó de la montaña, empleando dos días en vez de los tres que le costó subir, porque temía especialmente el fresco de las noches, que al comenzar la canícula son tan frías como en invierno. Después de los obstáculos con que había tenido que luchar, no pudo quedar satisfecho del estado en que encontró su campamento, en el que reinaba grandísima escasez, como podía esperarse en un país rodeado de grandes desiertos. No dedicó por lo mismo más que un día al descanso de sus compañeros y pasó al territorio de los denthetos con precipitación muy parecida á la fuga. Aquellos pueblos eran aliados suyos, pero en la escasez en que se encontraba, mandó talar sus campos como en país enemigo. Los macedonios saquearon primeramente las alquerías aisladas y en seguida atacaron algunos castros, con vergüenza eterna para el rey, que oía á sus aliados implorar en vano á los dioses protectores de los tratados y el nombre del mismo Filipo. Después de recoger la cosecha de aquel país, regresó á la Medica y emprendió el sitio de la ciudad de Petra, situándose en el lado de la llanura y encargando á su hijo Perseo que rodease la ciudad con fuerzas poco numerosas para ocupar las alturas. Amenazados los habitantes por todas partes, entregaron rehenes y se rindieron por el momento. Pero en cuanto se alejó el ejército macedonio, abandonaron la ciudad, sin cuidarse de los rehenes y se refugiaron en parajes fortificados ó en las montañas. Viendo Filipo que tantos trabajos infructuosos

habían extenuado á sus soldados y prevenido cada vez más contra su hijo por las pérdidas comunicaciones de Didas, emprendió de nuevo el camino de Macedonia.

Encargado Didas, como antes se dijo, de acompañar á Demetrio, había abusado de la franqueza del joven, que justamente indignado no hacía mérito de la prudencia. A fuerza de adularle, de mostrar él también profunda indignación y de ofrecerle sus servicios para todo, ganó su confianza y le arrancó la confesión de sus secretos, prometiéndole silencio. Demetrio proyectaba huir á Roma; consideraba al pretor de la Peonia como un protector que le enviaban los dioses para asegurar el éxito de su evasión, y esperaba poder escapar con seguridad por su provincia. Apresuróse Didas á comunicar este proyecto á Perseo, y por orden suya informó á Filipo. El rey recibió la primera noticia por medio de un mensajero, al pie de las murallas de Petra, y mandó en seguida prender á Herodoro, el principal confidente de Demetrio, y vigilar secretamente al príncipe. Estas circunstancias, más que todas las otras, hicieron muy triste el regreso del rey á Macedonia. No dejaban de inquietarle las denuncias que acababan de hacerle, pero creyó deber esperar el regreso de los legados que había enviado á Roma para recoger informes. Pasó algunos meses en medio de cruel ansiedad, y al fin llegaron los legados que anticipadamente habían convenido en Macedonia los informes que habían de dar. Estos colmaron la medida de aquellas maniobras infames, entregando al rey una carta supuesta de T. Quincio sellada con falso sello. En esta carta pedía perdón T. Quincio por la inteligencia que el joven había tenido con él en favor de sus ambiciones. «Demetrio, decía, jamás se atrevería á emprender nada contra ninguno de los suyos; y en cuanto á él, sabíase que era incapaz de dar ningún consejo criminal.» Esta lectura confirmó

las acusaciones de Perseo. Sujetóse inmediatamente al tormento á Herodoro y murió en medio de espantosos dolores sin hacer ninguna revelación.

Perseo acusó por segunda vez á Demetrio ante Filipo. Denunció sus preparativos de evasión por la Peonia y sus tentativas para ganarse compañeros de fuga; insistiendo especialmente en la carta supuesta de T. Quincio. Pero no se atrevieron á pronunciar abiertamente sentencia capital contra el joven, considerando mejor deshacerse de él en secreto, no por consideraciones á él, sino para no dar la voz de alarma á los romanos por medio de aquel suplicio. Filipo regresaba de Tesalónica á Demetriades; envió á Demetrio á Astrea, en Peonia, continuando bajo la vigilancia de Didas, y á Perseo á Antípolis, para recibir los rehenes de los tracios. Cuando Didas se despidió de él, dícese que le dió orden de matar á su hermano. Didas decidió ó fingió ofrecer un sacrificio, al que invitó á Demetrio. El joven marchó para esto de Astrea á Heraclea, y se asegura que allí, en el festín sagrado, fué envenenado. En cuanto bebió la ponzoña lo comprendió. Agudos dolores le obligaron en seguida á abandonar la mesa; retiróse á su habitación, y en medio de los sufrimientos que experimentaba, se le oía quejarse de la crueldad de su padre, acusar á Perseo de fratricida y á Didas de asesino. Mandóse entonces entrar á un tal Thyrsis de Stuberá y á otro llamado Alejandro de Berea que lo asfixiaron con mantas. Así pereció Demetrio, víctima inocente de un encarnizamiento que no se contentó con un solo género de muerte.

Mientras ocurrían estas cosas en Macedonia, L. Emilio Paulo, á quien se había prorrogado el mando como procónsul en los primeros días de la primavera, entró con su ejército por tierras de los ligurios ingaunos. En cuanto estableció su campamento en las fronteras, se

le presentaron legados so pretexto de pedir la paz, pero en realidad para examinar sus fuerzas. Paulo Emilio contestó que no trataría con ellos si antes no se sometían, mostrándose los ligurios muy dispuestos á obedecer, pero pidiendo tiempo para hacer comprender la necesidad á sus agrestes compatriotas. Habiendo concedido diez días de tregua, le rogaron además que no enviase sus soldados á recoger leña ni forraje más allá de las montañas inmediatas, so pretexto de que aquella parte del territorio estaba en pleno cultivo. También les concedió esto; y entonces reunieron todas sus fuerzas detrás de las montañas, de las que habían sabido separar á los romanos, cayeron repentinamente en masa sobre el campamento, atacando á la vez todas las puertas. En aquel asalto, que duró un día entero, desplegaron extraordinario vigor, no teniendo tiempo los romanos para salir de sus líneas, ni espacio para formarse en batalla; agolpándose desordenadamente en las puertas y defendiendo su campamento, más bien haciendo muralla con sus cuerpos que peleando. Al ponerse el sol se retiraron los enemigos. P. Emilio envió en seguida dos jinetes con un mensaje al cónsul Cn. Bebio, que se encontraba en Pisa, diciéndole que, sitiado en su campamento, merced á una tregua, necesitaba con urgencia socorros. Bebio había entregado su ejército al pretor M. Pinarío que marchaba á Cerdeña; pero escribió al Senado para enterarle de la crítica posición de Emilio, y al mismo tiempo dirigió una carta á M. Claudio Marcelo, cuya provincia era la más cercana, invitándole á que pasase con su ejército de la Galia á la Liguria y libertase á Emilio, sitiado por el enemigo. Estos socorros tenían que llegar muy tarde. A la mañana siguiente comenzaron otra vez el ataque los ligurios: Emilio, que lo había previsto y que pudo formarse en batalla fuera de sus empalizadas, se mantuvo ence-

rrado en el campamento, para ganar tiempo y dejar que Bebio llegase de Pisa con su ejército.

Mucha alarma produjo en Roma la carta de Bebio, redoblando pocos días después de la llegada de Marcelo, que había dejado su ejército á Fabio. Este regreso hizo perder la esperanza de que las fuerzas de la Galia pasasen á Liguria, porque se mantenía guerra con los istrius, que se oponían al establecimiento de la colonia de Aquilea. Fabio había marchado contra ellos; no podía renunciar á la expedición comenzada, y no quedaba más que un recurso, y éste sería muy tardío: que los cónsules partiesen apresuradamente para su provincia. Estrechábanles los senadores á porfía para que tomasen esta resolución, pero los cónsules declararon que no marcharían hasta haber terminado las levás, atribuyendo la lentitud de las operaciones, no á su falta de celo, sino á la fuerza de la epidemia. Sin embargo, cedió á las unánimes instancias del Senado y salieron con los mantos militares mandando á los soldados que ya habían alistado que se reuniesen en Pisa; permitiéndoles también que alistasen en marcha voluntarios y les llevasen consigo. Los pretores Q. Petilio y Q. Fabio recibieron orden, el primero para levantar apresuradamente dos legiones de ciudadanos romanos y exigir el servicio militar á todos aquellos que no hubiesen cumplido cincuenta años; el segundo, de pedir á los aliados del nombre latino quince mil hombres de infantería y ochocientos caballos. Creáronse duunviros navales (1) á C. Macieno y C. Lucrecio y equiparon naves. Macieno, cuya provincia se extendía hasta el golfo de Galia, recibió orden de poner rumbo todo lo más pronto posible hacia

(1) Los duunviros navales no estaban encargados solamente de la construcción y recomposición de naves, sino que algunas veces se les confiaba mando de flotas.

la costa de la Liguria para poder socorrer en caso necesario á L. Emilio y su ejército.

No viendo Emilio que llegaba socorro alguno y pensando que sus mensajeros habían sido detenidos, creyó que no debía esperar más tiempo para arriesgar un combate con sus solas fuerzas. Antes del regreso de los enemigos, cuyo ardor comenzaba á resfriar, formó su ejército en batalla, en las cuatro puertas del campamento, para que estuviese pronto á realizar una salida general á la primera señal. A las cuatro cohortes extraordinarias añadió otras dos y las puso á las órdenes de su legado M. Valerio, que debía salir por la puerta extraordinaria (1); colocó los hastatos de la primera legión en la puerta principal de la derecha, y detrás de ellos, como reserva, los príncipes de la misma legión, á las órdenes de los tribunos militares M. Servilio y L. Sulpicio. La tercera legión quedó enfrente de la puerta principal de la izquierda, con la sola diferencia de que los príncipes formaban la primera fila y los hastatos la reserva. Los tribunos militares Sexto Julio César y L. Aurelio Cotta mandaban aquella legión. El legado Q. Fulvio Flaco se situó con el ala derecha, delante de la puerta cuestoria. Dos cohortes y los triarios de las dos legiones quedaron para guardar el campamento. El general recorrió todas las puertas, arengando á los soldados y empleando, para inflamar su ardor, todos los medios que creía á propósito para excitar su cólera. En tanto acusaba á los ligurios de perfidia y les censuraba no haber pedido la paz más que para venir, á favor de la tregua que habían conseguido y con desprecio del derecho de gentes, á asaltar el campamento romano; en tanto les representaba cuán vergonzoso era

(1) Esta es la que ordinariamente se denomina puerta pretoria y que estaba en el lado opuesto á la puerta cuestoria. Las otras eran principal derecha y principal izquierda.

que un ejército romano se dejase sitiar por ligurios, que antes eran verdaderos bandidos que enemigos ordinarios. «¿Cómo os presentaréis, les decía, si no escapáis de este peligro más que por socorro extraño y no por vuestro valor, no diré á los soldados que vencieron á Anníbal, á Filipo y Antioco, los generales más grandes y monarcas más poderosos de nuestro tiempo, sino á los que tantas veces derrotaron á estos mismos ligurios y los persiguieron por desfiladeros casi impracticables, cuando huían delante de ellos como tímidos rebaños? ¡Cómo! ¡Ni los españoles, ni los galos, ni los macedonios, ni los cartagineses se atrevieron jamás á acercarse á un campamento romano, y los ligurios pretendían sitiarlo y procurarían tomarlo, cuando son tan cobardes que antes se ocultaron en bosques impenetrables, donde no pudimos encontrarles á pesar de todas nuestras pesquisas!» Los soldados contestaron con unánime clamor «que nada podían censurarles, puesto que nadie les había dado la señal para hacer una salida. Que les mandasen salir y se vería que los romanos y los ligurios continuaban siendo lo que antes eran.»

Los ligurios tenían dos campamentos á este lado de las montañas. En los primeros días salían, al aparecer el sol, todos juntos y en buen orden; pero ahora no tomaban las armas hasta después de saciarse de carne y de vino, saliendo por bandas y en desorden, persuadidos de que los romanos no se presentarían delante de sus parapetos. Los soldados de P. Emilio les dejaron avanzar en aquel desorden, y lanzando de pronto terrible grito, al que se unió el de los criados y servidores del ejército, cayeron sobre ellos por todas las puertas del campamento. No esperaban los ligurios aquella salida, y quedaron tan espantados como si hubiesen caído en una emboscada. Durante algunos momentos sostuvieron una apariencia de combate, pero muy pronto

fué general la derrota, y los fugitivos quedaron destruzados. Entonces se mandó montar á la caballería romana y que no dejase escapar á ningún vencido, persiguiéndoles temblorosos y consternados hasta sus campamentos, de los que se apoderó. Los ligurios perdieron aquel día más de quince mil hombres y les hicieron dos mil quinientos prisioneros. Tres días después, toda la nación de los ingaunos entregó rehenes y se sometió. Buscóse á los pilotos y marineros que habían tripulado las naves piratas y los aprisionaron. El duunviro C. Macieno se apoderó en la costa de la Liguria de treinta y dos naves piratas. L. Aurelio Cotta y C. Sulpicio Galo quedaron encargados de llevar estas noticias y una carta al Senado; debiendo pedir permiso al mismo tiempo para que L. Emilio dejase su provincia, donde había terminado la guerra, trayendo con él su ejército, que sería licenciado. A las dos peticiones acudió el Senado y decretó tres días de acciones de gracias en todos los altares. El pretor Petilio licenció las legiones urbanas; Fabio envió su contingente á los aliados del nombre latino, y el pretor de Roma escribió á los cónsules que el Senado les invitaba á licenciar en seguida los soldados alistados apresuradamente en el momento del peligro.

En este año se estableció una colonia en Gravisca, de Etruria, en un territorio arrebatado en otro tiempo á los tarquinios. Cada colono recibió cinco yugadas. Los triunviros encargados del establecimiento fueron C. Calpurnio Pisón, P. Claudio Pulquer y C. Terencio Is-tra. El año fué notable por la sequía y escasez. Dícese que pasaron seis meses completos sin llover. En este mismo año, ahondando mucho los cultivadores al pie del Janículo, en un campo que pertenecía al escriba L. Petilio, encontraron dos arcas de piedra, de cerca de ocho pies de largas por cuatro de anchas y cuyas tapas

estaban selladas con plomo. En las dos arca había inscripciones griegas y latinas, indicando que contenían la una el cuerpo de Numa Pompilio, hijo de Pompo, rey de los romanos, y la otra los libros de Numa Pompilio. El propietario del campo mandó abrirlas después de consultar á sus amigos; la que, según la inscripción, debía contener el cuerpo de Numa, estaba vacía, sin señal alguna de restos humanos ni de ninguna otra sustancia, habiendo quedado destruido sin duda todo lo que contenía, por el considerable tiempo transcurrido. En la otra había dos paquetes atados y revestidos con pez, conteniendo cada uno siete volúmenes, que no solamente estaban bien conservados, sino que hasta parecían completamente nuevos. Siete volúmenes estaban en latín y trataban del derecho de los pontífices; los otros siete, escritos en griego, tenían por objeto la filosofía, tal como podía encontrarse entonces. Añade Valerio Ancias que eran libros de la doctrina pitagórica; aserción que es probablemente una falsedad fundada en la general creencia de que Numa era discípulo de Pitágoras. Leyeron primeramente aquellos libros los amigos del propietario del campo que se encontraban presentes en el momento del hallazgo, pero en seguida tuvieron muchos más lectores y adquirieron cierta publicidad. Q. Petilio, pretor urbano, tuvo entonces curiosidad de leerlos, y los pidió á L. Petilio, con quien tenía íntimas relaciones, porque él era quien, durante su cuestura, le hizo ingresar en una curia de escribas. Cuando hubo examinado el conjunto de las materias, observó que la mayor parte de las prescripciones eran contrarias al culto establecido, y dijo á L. Petilio que quemaría sus libros, pero que antes de hacerlo, le permitiría emplear para reclamarlos todos los medios legales y todos los recursos que pudiese emplear, añadiendo que no se ofendería por ello. El escriba se diri-

gió á los tribunos del pueblo, y éstos enviaron el asunto al Senado. El pretor declaró que estaba dispuesto á jurar que no debían leerse ni conservarse aquellos libros, y el Senado declaró que bastaba lo ofrecido por el tribuno y que se quemarían cuanto antes aquellos libros en la plaza de los comicios, y que á título de indemnización se pagaría al propietario la cantidad que señalase el pretor Q. Petilio y la mayoría del colegio de los tribunos. El escriba no quiso aceptar la cantidad y los libros se quemaron en la plaza de los comicios, en presencia del pueblo, en una hoguera que encendieron los victimarios.

En aquel año estalló una guerra muy grave en la España citerior. Los celtíberos habían levantado cerca de treinta y cinco mil hombres, número á que no habían llegado hasta entonces. Q. Fulvio Flaco, que mandaba aquel año la provincia, habiendo sabido que los celtíberos armaban á sus jóvenes, había levantado por su parte entre sus aliados cuantas tropas auxiliares pudo procurarse, pero su ejército estaba lejos de igualar en número al de sus enemigos. Al comenzar la primavera entró en la Carpetania y acampó bajo las murallas de Ebury, después de dejar escasa guarnición en la ciudad. Pocos días después, marcharon los celtíberos á apostarse al pie de una colina, á unas dos millas de los romanos. En cuanto se enteró de su llegada el pretor, envió á su hermano M. Fulvio al frente de dos turmas de caballería para que reconociese las posiciones enemigas y se enterase del número de combatientes, acercándose todo lo posible á las empalizadas. Recomendóle al mismo tiempo que evitase todo combate y que se retirara si veía salir la caballería española. Las órdenes quedaron puntualmente ejecutadas. Durante muchos días los romanos se limitaron, por todo movimiento, á hacer avanzar sus dos turmas, que se retiraban en